

Vida terrenal y vida eterna en el Comentario de Santo Tomás a Gálatas

Introducción: la fuerza de la gracia de Cristo que da vida

Dice Santo Tomás al inicio de su carrera magisterial (1256) en su *Principium Biblicum* “*Hic est liber*”, un sermón en el que se recomendaba la Sagrada Escritura y se ofrecía una división de todos los libros bíblicos, que toda la Sagrada Escritura dispone a la vida de la gracia (vida del espíritu para Dios), dirige a la vida de la justicia (obras meritorias) y promete y conduce hacia la vida eterna de la gloria. La Palabra de Dios nos orienta hacia esta triple vida divina preceptuando mediante la ley (Antiguo Testamento) y auxiliando mediante el don de la gracia (Nuevo Testamento). El Nuevo Testamento, que consiste principalmente en la gracia, dice el Aquinate, tiene tres grandes partes:

En la primera, se trata acerca del origen de la gracia [Cristo]: y esto en los Evangelios [los sinópticos más específicamente sobre la humanidad, Juan sobre la divinidad]. En la segunda, acerca de la fuerza (*virtute*) de la gracia: y esto en las Epístolas de Pablo; de ahí que, en el principio de Romanos, comienza diciendo por fuerza del Evangelio: (*no me avergüenzo del Evangelio*;) la fuerza (*virtus*) de Dios es para la salvación de todo el que cree [1, 16]. En la tercera, se trata acerca de la ejecución de la fuerza predicha: y esto en los restantes libros del Nuevo Testamento [Hechos de los Apóstoles, Epístolas canónicas y Apocalipsis]¹.

En los manuscritos del *Hic est liber* falta la *divisio* del *corpus* paulino. Para rellenar este hueco hay que remitirse al Proemio de la Exposición a la Epístola a los Romanos (1272-73), que ofrece una mirada integral de todo el resto de Cartas de San Pablo. Allí enseña el Doctor Angélico que el Apóstol de los Gentiles ha vertido el nombre de Cristo, del cual él estaba repleto, a través de sus Epístolas a nosotros los cristianos. La materia de las Epístolas Paulinas, entonces, es el nombre de Cristo, que colmaba a Pablo, es decir, la doctrina de Cristo, que es la gracia de Cristo o su fuerza. La gracia, como enseña además el Aquinate en la *tertia pars*², puede considerarse según que está en la misma cabeza, que es Cristo (gracia capital): y así tenemos Hebreos; según que está en los miembros jerárquicos del cuerpo místico por el sacramento del Orden: así, las Epístolas a los prelados de las Iglesias (Timoteo

¹ *Principium Biblicum* “*Hic est liber*”, pars 2: *partitio sacrae Scripturae*. Cf. Fernández Ruiz, J. I., *Recomendación y división de la Sagrada Escritura en el Principium Biblicum “Hic est liber” de Santo Tomás*, ponencia inédita presentada en el X Simposio de Estudios Tomísticos: “Tomás de Aquino, *Magister in sacra pagina*”, Universidad Abat Oliba CEU, Barcelona, 11/05/2024.

² Cf. *S. Th.* III, q. 8.

I y II, Tito y Filemón); o, finalmente, según que está en el mismo cuerpo místico, es decir, en los que se incorporan a Cristo y la Iglesia por el sacramento del Bautismo (y el resto de los sacramentos, sobre todo la Eucaristía): tales son las Epístolas a los gentiles (Romanos, Corintios I y II, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses y Tesalonicenses I y II).

El mensaje paulino, cristológico, eclesiológico, sacramental y soteriológico a la vez, es la gracia o vida sobrenatural, espiritual y divina que contiene principal y máximamente Cristo-cabeza, Dios y hombre, y que quiere difundir a todos los miembros que están incorporados a Él en su Iglesia, para que alcancen la plenitud de esta vida en la gloria³. Este es el marco fundamental en el que se quiere ubicar nuestro trabajo, que no pretende analizar el binomio vida terrenal-vida eterna en la lectura que Santo Tomás hace de la totalidad del *corpus paulinum*⁴, sino tan solo en un pasaje significativo de la Carta a los Gálatas, en el que puede verse en la persona de San Pablo cómo se conjuga su misma vida terrenal con la vida eterna que se nos da en Jesucristo. Creemos que este es el pasaje más denso y profundo en relación a este tema dentro del conjunto de las restantes Epístolas, a las que haremos alusión en las notas al pie. Además, nos parece que puede arrojar luz sobre el mismo legado de Santo Tomás en estos años jubilares en los que celebramos su santidad.

El pasaje central en el que profundizaremos está tomado del segundo capítulo a los Gálatas: “(1) Pues yo he muerto a la ley mediante la ley, a fin de vivir para Dios. (2) (a) Estoy clavado con Cristo en la cruz y (b) vivo (yo), pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí. (3) Ahora que vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, quien me amó y se entregó a sí mismo a favor de mí” (19-20). En él, podemos distinguir tres grandes partes: (1) la muerte a la ley y la vida

³ “Y añade [ley] *de vida*; porque así como el espíritu natural produce la vida de la naturaleza, así también el Espíritu divino produce la vida de la gracia, como leemos en Jn 6, 64: *el Espíritu es el que vivifica*; y en Ez 1, 20: *el Espíritu de vida estaba en las ruedas*. Agrega en Cristo Jesús, porque este Espíritu no es dado a no ser a aquellos que están en Cristo Jesús. En efecto, así como el espíritu natural no alcanza al miembro que no tiene conexión con la cabeza, así también el Espíritu Santo no alcanza al hombre que no está unido a Cristo cabeza, como se dice en I Jn 3, 24: *en esto sabemos que Él mismo permanece en nosotros, porque Él mismo nos ha dado de su Espíritu*; y en Hch 5, 2: *el Espíritu Santo que Dios ha dado a todos los que le obedecen*” In Rom. c. 8, lect. 1.

⁴ Nuestro primer objetivo era precisamente éste. Para esto, confeccionamos una antología usando todos los índices tomistas disponibles a partir de la noción de *vita* y semejantes en todo el *corpus* paulino del Doctor Angélico. El resultado arrojó 121 pasajes significativos de 12 de las 14 Epístolas (54 carillas A4). En cantidad, la lista está encabezada por I Corintios (27 pasajes), Romanos y Hebreos (20 ambos), II Corintios y Efesios (14 y 12 respectivamente), a los que les siguen Gálatas (8), Filipenses (5), Colosenses, II Timoteo y Tito (4 cada uno), y, finalmente, I Timoteo y I Tesalonicenses (2 y 1 respectivamente). Con esto nos dimos cuenta que un trabajo de estas características era demasiado ambicioso para una ponencia.

para Dios; (2) la vida de sí y la vida de Cristo en uno mismo; (3) y la vida en la carne y la vida en la fe del Hijo de Dios.

Morir a la ley a fin de vivir para Dios

(1) En su Comentario⁵, Santo Tomás dice que “el Apóstol quiere mostrar de qué modo destruye la ley sin ser, no obstante, inicuo”, puesto que “alguno podría haberlo juzgado como un destructor de la ley y, por consecuente, como alguien inicuo, según aquello del Sal 118, 126: *los inicuos han disipado tu ley*”. De entrada aparece, entonces, el tema de la ley y la vida. Sobre todo a partir de Kant, quizás alcanzando su culmen con el vitalismo antilegalista nietzscheano, el binomio ley-vida se ha entendido en términos excluyentemente dialécticos. La ley es muerte, mientras que destruir la ley, sobre todo la ley moral, es vida. No ahondaremos en las implicancias y consecuencias de esta concepción, tan presente en nuestros días, pero, por supuesto, no es esto lo que está diciendo San Pablo. De las diversas explicaciones que ofrece Santo Tomás de esta primera oración de nuestro pasaje, retengamos la siguiente:

Puede haber otro modo de disolver la ley sin prevaricación, porque cuando alguna ley está escrita en papel, entonces se llama “ley muerta”, y cuando está en la mente del legislador, entonces se llama “ley viva”. Ahora bien, consta que si alguien obrase según la palabra (*verbum*) del legislador contra la ley escrita, entonces disolvería la ley, se disolvería de la ley muerta y conservaría la ley viva según el imperio del legislador. Por lo tanto, según esto, dice *he muerto a la ley* escrita y muerta, esto es, estoy disuelto [separado, absuelto, liberado] de ella, *a fin de vivir para Dios*, esto es, a fin de dirigir mis movimientos según sus dichos (*dicta*), y ordenarlos a su honor. En efecto, la ley instituida en escritos transmite algo en atención a los extraños y a los que no pueden oír de Él la palabra de viva voz; pero para aquellos que están junto a Él, no la dice en escritos, sino solo de palabra (*verbo*). En efecto, al principio, los hombres estaban enfermos [o eran débiles], no teniendo la fuerza para acceder a Dios. Y, por esto, fue necesario que les diera los preceptos de la ley en escritos, para que por medio de la ley fueran conducidos, casi como de la mano mediante el pedagogo, para que escuchen de Él sus preceptos, según lo que se dice más abajo (3, 24): *la ley fue nuestro pedagogo hacia Cristo*, etc. Pero después que tenemos acceso al Padre mediante Cristo, como se dice en Rom 5, 2, no somos instruidos acerca de los mandatos de Dios mediante la ley,

⁵ In Gal. c. 2, lect. 6. Cualquier cita no especificada en la nota al pie está tomada de este *locus*.

sino por el mismo Dios. Y, por esto, dice: “mediante la ley que conduce de la mano, he muerto a la ley escrita, *a fin de vivir para Dios*”, a saber, “para el mismo productor (*factori*) de la ley”, esto es, “para ser instruido y dirigido por Él mismo”.

Para el cristiano, la ley no es principalmente la ley antigua, carnal, temporal, exterior, mortal y escrita⁶. Esta ley era más bien como un pedagogo⁷, que exteriormente guiaba al hombre cuando todavía no había recibido la gracia de Cristo, que nos permite acceder al Padre en el Espíritu. La ley mosaica no confería propiamente la gracia, aunque la figuraba, preparaba, y alcanzaría en ella su plenitud y cumplimiento, de ahí que Cristo, y *a fortiori* San Pablo, no la aboliera. La Ley es, sobre todo, la Ley Nueva o Evangélica, que consiste en la misma gracia, por la que se nos concede la presencia inabitante de Cristo por medio de la fe y la sabiduría, que nos une cognitivamente al Verbo asemejándonos a Él⁸ (Ef 3, 17), y la presencia inabitante del Espíritu por medio de la caridad derramada en el corazón, que nos une afectivamente a Él (Rom 5, 5)⁹. La Ley de la gracia o de libertad está grabada en la mente

⁶ “Por el hecho de que habéis sido hechos miembros del cuerpo de Cristo, a la vez habéis muerto y sido sepultados con Él; *habéis muerto a la ley*, esto es, cuanto al hecho de que cesa en vosotros la obligación de la ley, de tal manera *que ya sois de otro*, a saber, de Cristo, sujetos a su ley, *el que ha resucitado de entre los muertos*, en el cual también vosotros, resurgiendo, asumisteis vida nueva. Y, así, no estáis obligados a la ley de la vida anterior, sino a la ley de la vida nueva” *In Rom.* c. 7, lect. 1.

⁷ “*Pero cuando me convertí en varón*, etc., como si dijera: así como convertido en varón se evacúan todas aquellas cosas que son de niños, así también cuando lleguemos a la vida futura que es perfecta, se evacuarán todas aquellas cosas que aquí son imperfectas, como se dice en Prov 1, 22: *¿hasta cuándo amaréis la infancia?*; y en Is 65, 20: *maldito el niño de cien años*” *In I Cor.* c. 13, v. 11. “El estado de esta vida presente se asemeja a la niñez, y, por esto, en esta vida estamos bajo los ángeles como bajo tutores, en cuanto nos presiden y nos dirigen; pero cuando sea transmitido el reino a Dios y al Padre, estaremos entonces inmediatamente debajo de Dios, y cesarán todos los demás dominios” *In I Cor.* c. 15, lect. 3. “El Apóstol asemeja al niño, por un lado, el estado de la ley, como aquí, y, por otro, el estado de la vida presente, como vemos en I Cor 13, 11: *cundo era niño*, etc. Cuya razón es que el estado de la ley antigua es como el niño, a causa de la imperfección del conocimiento, en la misma comparación al estado de la gracia y la verdad, que fue hecha por Cristo. Así también el estado de la vida presente, en la que vemos por espejo en enigma, es como el niño, comparado al estado de la vida futura, en la que hay un conocimiento perfecto de Dios, porque se lo ve tal cual es” *In Gal.* c. 4, lect. 1. En Efesios usa la imagen de la nave y el puerto: “Lo mismo es ser salvado y justificado. La salvación implica la liberación de los peligros; de allí que la perfecta salvación del hombre será en la vida eterna, cuando será inmune de todos los peligros, como se dice que la nave está a salvo, cuando llega al puerto, conforme a Is 60, 18: *la salvación ocupará tus muros, y la alabanza tus puertas*” *In Eph.* c. 2, lect. 3.

⁸ En el Comentario a Hebreos se habla de una participación natural y sobrenatural de todo verbo, o de toda persona por su verbo mental, en el Verbo divino; verbo por el cual se vive personalmente. “El Verbo de Dios concebido desde la eternidad en el intelecto paterno, es el Verbo primordial, acerca del cual se dice en Eclo 1, 5: *la fuente de la sabiduría, el Verbo de Dios en las alturas*. Y porque es primordial, por esto, de Él se derivan todos los otros verbos, que no son otra cosa que ciertas concepciones expresas en la mente del ángel, o nuestra. De allí que aquel Verbo sea expresión de todos los verbos, como cierta fuente. Y aquellas cosas que se dicen de aquel Verbo, en cierto modo, se adaptan a los otros verbos, según su modo. Ahora bien, de Él se dice que es vivo. Una cosa se dice viva mientras tiene movimiento y su operación. En efecto, así como la fuente que corre se llama viva, así también aquel Verbo que tiene vigor perpetuo, como se dice en el Sal 118, 89: *para siempre, Señor, permanece tu Verbo en el cielo*; y en Jn 5, 26: *pues así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo*” c. 4, lect. 2.

⁹ “La ley del Espíritu libera al hombre del pecado y de la muerte; pero la ley del Espíritu está en Jesucristo: por tanto, por el hecho de que alguien está en Jesucristo, es liberado del pecado y de la muerte. Que la ley del Espíritu libere del pecado y de la muerte, lo prueba así: la ley del Espíritu es causa de la vida, pero por la vida se

humana e implica una participación aún más profunda de la Ley eterna, que es la misma Vida divina promulgada en el Verbo y guiada por el Soplo del Espíritu¹⁰. Nótese el lenguaje trinitario de este pasaje, en el que se habla de *mens* (Padre), *verbum* o *dictum* (Hijo) e *imperium* (Espíritu Santo), o también del *factor legis* (Padre), que instruye (Hijo) y dirige (Espíritu Santo).

La Ley Nueva de la gracia “liga” (*lex* viene de *ligare*, enseña Santo Tomás¹¹) o une radicalmente nuestra mente, donde reside principalmente nuestra vida personal, con la misma Mente del Legislador divino, el Padre, a través de las operaciones perfectas conjuntivas de conocimiento de fe y sabiduría, iluminado por la instrucción del mismo Hijo, y de amor de caridad, impulsado o movido por la dirección del mismo Espíritu Santo. De este modo, esta

excluye el pecado y la muerte, que es efecto del pecado, pues aún el mismo pecado es muerte espiritual del alma: por tanto, la ley del Espíritu libera al hombre del pecado y de la muerte. La condenación no es sino por el pecado y la muerte: por tanto, en aquellos que están en Jesucristo no existe nada de condenación. Esto es, entonces, lo que dice *pues la ley del Espíritu*, etc. Ley que, ciertamente, puede decirse, de un modo, el Espíritu Santo, de tal modo que el sentido sea: la ley del Espíritu, esto es, la ley que es el Espíritu. En efecto, la ley se da para que por ella los hombres sean inducidos hacia el bien; de allí también que el Filósofo diga en II Ethic. que la intención del legislador es hacer buenos a los ciudadanos. Lo que, ciertamente, la ley humana hace solo notificando lo que deba hacerse; pero el Espíritu Santo, inhabitando la mente, no solo enseña qué sea preciso hacer, iluminando el intelecto respecto de las cosas por obrar, sino también inclina el afecto a obrar rectamente, conforme a Jn 14, 26: *el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas*, cuanto a lo primero, *y os sugerirá todo*, cuanto a lo segundo, *lo que os diga*. De otro modo, la ley del Espíritu puede decirse el efecto propio del Espíritu Santo, a saber, la fe que obra mediante la dilección. La que, ciertamente, no solo enseña interiormente acerca de las cosas por obrar, según aquello que dice más abajo: *la unción os enseñará acerca de todo*, sino también inclina el afecto a obrar, según aquello de I Cor 5, 14: *la caridad de Cristo nos urge*. Y esta ley del Espíritu, en verdad, se llama ley nueva, que o bien es el mismo Espíritu Santo, o bien el Espíritu Santo la produce en nuestros corazones, como se dice en Jer 31, 33: *daré mi ley en sus vísceras, y la escribiré en sus corazones*” In Rom. c. 8, lect. 1. “Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, aquel no es suyo (de Cristo), por eso, puesto que vosotros sois de Cristo, tenéis el Espíritu de Cristo, y al mismo Cristo que habita en vosotros por la fe, según aquello de Ef 3, 17: *Cristo habita por la fe en vuestros corazones*” In Rom. c. 8, lect. 2. “La ley antigua es el testamento de la letra. Pero el nuevo testamento es el testamento del Espíritu Santo, por el que la caridad de Dios se difunde en nuestros corazones, como se dice en Rom 5, 5. Y, así, mientras el Espíritu Santo produce en nosotros la caridad, que es la plenitud de la ley, el nuevo testamento *no es la letra*, esto es, por medio de la escritura de la letra, *sino el espíritu*, esto es, por el espíritu que vivifica, como se dice en Rom 8, 2: *ley del espíritu de vida*, esto es, vivificante” In II Cor. c. 3, lect. 2. “Pertenece al Nuevo Testamento, que no se dispensa por lo carnal, sino que consiste en las cosas espirituales. En efecto, es según la virtud espiritual, por la que se genera en nosotros la vida perpetua. Y esto porque en él se prometen los bienes y tiene pena perpetua. [...] Además, no consiste en las observancias carnales, sino en las espirituales, como se dice en Jn 6, 64: *las palabras que Yo os he dicho, son espíritu y vida*. Y dice que es *según la virtud de la vida insoluble*” In Heb. c. 7, lect. 3.

¹⁰ “Prometer es anunciar con el verbo la propia voluntad de dar. Y Dios promulgó su Verbo desde toda la eternidad, en el que estaba que los santos tendrían vida eterna, conforme a Ef 1, 4: *nos ha elegido antes de la constitución del mundo*” In Tit. c. 1, lect. 1. El nombre de todos los santos está escrito en el libro de la vida, en el único Nombre por el que todos se salvan y por el cual todos son predestinados. Cf. In Phil. c. 4, lect. 1. Toda nuestra predestinación a ser hijos adoptivos es participación de la predestinación de Cristo a ser Hijo por naturaleza unido a la naturaleza humana: “Aquello que es *per se* es medida y regla de aquellas cosas que se dicen *per aliud* y *per participationem*. De allí que la predestinación de Cristo, que es predestinado a ser Hijo de Dios por naturaleza, sea medida y regla de la vida y también de nuestra predestinación, porque estamos predestinados a la filiación adoptiva, que es cierta participación e imagen de la filiación natural, según aquello de Rom 8, 30: *a los que preconoció también predestinó a hacerse conformes a la imagen de Su Hijo*” In Rom. c. 1, lect. 3.

¹¹ S. Th. I-II, q. 90, a. 1, c.

Ley que nos lleva a cumplir la voluntad de Dios por amor, desde dentro, como movido por las mismas Personas divinas, no se vive como una esclavitud o sujeción, sino como una liberación filial (cf. Gal 5, 18; Rom 8, 14; II Cor 3, 17). Morir a la ley es vivir como hijos de Dios, es compartir la misma vida que Dios da a los hombres como a sus hijos por medio de su Hijo, ya no es comportarse externamente de una manera, sino dejarse mover interiormente por el mismo Dios.

La vida del hombre es la vida en Cristo

(2.a) Ahora bien, ¿cómo se muere a la vejez de la ley?, ¿cómo se vive en la novedad de la gracia para Dios? Debido al pecado original, todos los hombres nacen ya viejos y viven como muertos. Sin vida eterna, dada por la gracia de Cristo y por la gloria futura, la vida terrenal es más muerte que vida. Para morir a la muerte es preciso participar, asemejarnos, configurarnos o conformarnos¹² a la muerte de Cristo, muerte por la que se mata en nosotros al pecado, que es verdadera muerte espiritual. Todo hombre nace en pecado y, puesto que el pecado separa de Dios, que es nuestra vida, entonces todo hombre nace ya muerto¹³. Cristo ha muerto para matar en nosotros la muerte y darnos vida mediante su resurrección, a la que también nos

¹² En numerosas veces de sus comentarios a las Epístolas Paulinas, Santo Tomás habla de una *participatio*, *configuratio*, *conformatio* o *assimilatio* a Cristo, a su vida, muerte, pasión, resurrección, ascensión, a todos sus misterios en general, a su vida misma, a Él mismo. Cf. *In Rom.* c. 6, lect. 2; c. 12, lect. 1; *In I Cor.* c. 15, lect. 7; *In II Cor.* c. 4, lect. 3; *In Eph.* c. 1, lect. 1; c. 2, lect. 2.

¹³ “El que se enemiga de Dios, incurre en la muerte. [...] Y esto porque Dios es nuestra vida, como se dice en Deut 30, 20: *Él mismo es tu vida*. Y, por esto, aquel que se enemiga de Dios, incurre en la muerte” *In Rom.* c. 8, lect. 2. “De un modo, de tal manera que cuando dice *los muertos*, se entiendan las obras del pecado, que están muertas, porque carecen de la vida de la gracia, y conducen a la muerte, según Heb 9, 14: (cuánto más) *la sangre de Cristo, (que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios) purificará (nuestra consciencia de las obras muertas para servir al Dios viviente)*” *In I Cor.* c. 15, lect. 4. “La sangre de aquellos animales purificaba solo de la mancha exterior, a saber, del contacto del muerto; pero la sangre de Cristo purifica la consciencia interior, lo que se hace por la fe, como se dice en Hch 15, 9: *con la fe que purifica sus corazones*, a saber, en cuanto hace creer que todos los que adhieren a Cristo, se purifican por su sangre. [...] Además, aquel purificaba del tacto del muerto, pero este de las obras muertas, a saber, los pecados, que quitan a Dios del alma, cuya vida es por la unión de la caridad” *In Heb.* c. 9, lect. 3. “*Cuando estabais muertos*, a saber, con la muerte espiritual, que es pésima, como se dice en el Sal 33, 22: *la muerte de los pecados es pésima*. En efecto, el pecado se llama muerte porque por él el hombre se separa del Señor, que es la vida, como se dice en Jn 14, 6: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*” *In Eph.* c. 2, lect. 1. “Dice *del Dios vivo*, porque no solo es vida en sí sino también es vida del alma, como se dice en Jn 1, 4: *en Él estaba la vida*. Lo que dice para mostrar que mediante el retroceso de Dios, el hombre incurre en la muerte espiritual” *In Heb.* c. 3, lect. 3. “Se llaman obras muertas, o bien las que según sí mismas están muertas, o bien las que están mortificadas. Una cosa se dice viva cuando tiene el oficio de la propia virtud, decayendo del cual se dice muerta. En efecto, nuestras obras están ordenadas hacia la bienaventuranza, que es el fin del hombre. Y, por esto, cuando no conducen hacia la bienaventuranza, ni pueden ordenarse (a ella), se llaman muertas: y estas son las obras hechas en pecado mortal, como se dice más abajo (9, 14): *la sangre de Cristo, el que se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios mediante el Espíritu Santo, purificará nuestras consciencias de las obras muertas*. En cambio, las obras hechas en caridad se mortifican por el pecado; de allí que no tengan virtud para merecer la vida eterna, como se dice en Ez 18, 24: *ninguna de (las obras de) justicia que haya hecho serán recordadas*. La penitencia hace que estas revivan: desde entonces se cuentan de nuevo para la vida eterna” c. 6, lect. 1.

configuramos o conformamos¹⁴. Así, San Pablo, que ha afirmado que ha muerto a la ley muerta, añade que esto es porque está crucificado con Cristo y ha muerto y ha sido sepultado con Él. Esta muerte y sepultura la realiza en nosotros el sacramento del Bautismo, que es una regeneración¹⁵, un segundo nacimiento, una vida nueva.

Cualquier hombre, según el origen carnal, nace hijo de la ira. [...] Nace también en la vetustez del pecado. [...] Vetustez del pecado que, ciertamente, es quitada mediante la cruz de Cristo, y se confiere la novedad de la vida espiritual. Por tanto, dice el Apóstol *estoy clavado con Cristo en la cruz*, esto es, la concupiscencia o el fomes del pecado, y toda cosa semejante, ha muerto en mí mediante la cruz de Cristo. [...] Además, como estoy clavado con Cristo en la cruz, y he muerto al pecado, y Cristo ha resucitado, cuando resucite también resucitaré. [...] Así, Cristo renueva en nosotros la vida nueva, destruida la vetustez del pecado.

Si bien la plenitud de la resurrección y la vida en Dios se alcanzará en la vida eterna de la gloria, cuando resuciten nuestros cuerpos a una vida inmortal, sin embargo, ya en esta vida terrenal podemos participar de la resurrección de Cristo por medio de la gracia, viviendo una vida en la que todo se sujete al espíritu y el espíritu a Dios, una vida en la que no domine la muerte espiritual, preparando aquella vida en la que ya no dominará incluso la muerte corporal¹⁶. Vivir para Dios es vivir en Cristo o que Cristo viva en nosotros, puesto que Cristo es Dios, la misma Vida divina (Jn 14, 6).

¹⁴ “Cristo, por el hecho de que ha padecido por nosotros, *destruyó la muerte*, esto es, satisfizo a Dios por nuestros pecados, como se dice en I Pe 3, 18: *Cristo ha muerto por nuestros pecados de una vez para siempre*. Y el pecado era la causa de nuestra muerte corporal, como se dice en Rom 6, 23: *el precio del pecado es la muerte*; y, por esto, destruyendo el pecado, destruyó la muerte, conforme a Os 13, 14: *seré tu muerte, oh muerte*. Trajo también los bienes perfectos, primero los del alma en el presente, por la gracia de la fe, como leemos en Hab 2, 4: *mi justo vive por la fe*. Y es imperfecta en esta vida, pero se perfecciona en la gloria, como se dice en Jn 17, 3: *esta es la vida eterna, que te conozcan*. Segundo, la inmortalidad de la carne resultante de la gloria del alma, como leemos en I Cor 15, 53: *es preciso que este corruptible se revista de incorrupción*; y en Jn 10, 10: *Yo he venido para que tengan vida, a saber, ya por gracia, y la tengan más abundantemente*, a saber, por gloria en el futuro; también en Jn 11, 26: *todo el que vive y cree en Mí, no morirá para siempre*” In II Tim. c. 1, lect. 3.

¹⁵ “Los sacramentos fueron instituidos a causa de la necesidad de la vida espiritual. Y porque las cosas corporales son ciertas semejanzas de las espirituales, es preciso que los sacramentos sean proporcionados a aquellas cosas que son necesarias para la vida corporal. En la que primero se encuentra la generación, a la que se proporciona el Bautismo, por la que alguien se regenera a la vida espiritual” In I Cor. c. 11, lect. 5.

¹⁶ “[El Padre], *que resucitó a Jesucristo de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales*. No dice ‘muertos’, sino ‘mortales’, porque en la resurrección no solo se quitará de vuestros cuerpos el hecho de que estén muertos, esto es, teniendo la necesidad de la muerte, sino también el hecho de que sean mortales, es decir, la potencia de morir, cual fue el cuerpo de Adán antes del pecado. Pues después de la resurrección nuestros cuerpos serán totalmente inmortales. [...] Y esto *por su Espíritu inabitante* en nosotros, esto es, en virtud del Espíritu Santo que habita en nosotros. [...] Y esto a causa del *Espíritu inabitante*, es decir, a causa de la dignidad que nuestros cuerpos tienen por el hecho de que fueron receptáculos del Espíritu Santo, como se dice en I Cor 6, 19: *¿no sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo?* Aquellos, en cambio, cuyos miembros no fueron templo del Espíritu Santo, resurgirán; pero tendrán cuerpos pasibles” In Rom. c. 8, lect. 2.

(2.b) San Pablo afirma que él vive, pero que también él no vive, sino que en él vive Cristo. No se trata, claro está, de una anulación del sujeto y su confusión en Dios, al modo del *nirvana* budista o la mística neoplatónica (Plotino), ni tampoco de una especie de trastorno de la personalidad o neurosis (como a veces Nietzsche y Freud se imaginaban a los santos). ¿Cómo se entiende, entonces, esto? “Vivo yo”: ya que al ser bautizado y al realizarse en mí lo obrado y padecido en la pasión y muerte de Cristo, “tengo el vigor de obrar bien”. “Ya no yo”: “según la carne, porque ya no tengo la vetustez que tenía antes”. Podemos distinguir dos “yos” en el hombre: 1. El “yo viejo, exterior, según la carne o según Adán¹⁷”: vivir de acuerdo a este yo es morir. El que pasa su vida terrenal viviendo conforme a este yo inferior, entonces pierde su vida. 2. El “yo nuevo, interior, según el espíritu o según Cristo”: que es el verdadero y auténtico “yo” de cada uno, puesto que es la perfección de la identidad humana, en su conformación a Dios hecho hombre por medio de la gracia renovadora. “Vive Cristo en mí”: “esto es, la novedad, que nos ha sido dada mediante Cristo”¹⁸. El Aquinate ofrece también otra interpretación de esta línea de Gálatas, a la que añadimos un pasaje paralelo del comentario a Filipenses:

Se dice que el hombre vive cuanto a aquello en lo que principalmente afirma su afecto, y en lo que máximamente se deleita. Por esto, los hombres que se deleitan máximamente en el estudio o en la caza¹⁹, dicen que esto es la vida de ellos. Ahora bien, cualquier hombre tiene cierto afecto privado, por el que busca lo que es suyo; por tanto, mientras alguien vive buscando solo lo que es suyo, vive solo para sí, pero cuando busca los bienes de los otros, se dice también que vive para ellos. Por ende, porque el Apóstol había depuesto su afecto propio mediante la cruz de Cristo, decía que él estaba muerto al afecto propio, diciendo *estoy clavado con Cristo en la cruz*, esto es, mediante la cruz de Cristo se ha removido de mí el afecto propio o privado. De allí que dijera más

¹⁷ Así como por Adán entró la muerte, así también por Cristo, Nuevo Adán, entró la vida. Cf. *In Rom.* c. 5, lect. 4; *In I Cor.* c. 15, lect. 3; lect. 7.

¹⁸ “Se llama novedad de vida aquella por la que alguien retorna a la integridad, a saber, para que esté sin pecado. [...] Cristo, después de que fue muerto, resucitó; de allí que sea conveniente que aquellos que se conforman a Cristo cuanto a la muerte en el Bautismo, se conformen también a su resurrección por la inocencia de la vida” *In Rom.* c. 6, lect. 1.

¹⁹ Los ejemplos están tomados de Aristóteles: “Vemos [tomando de la experiencia] que los hombres quieren conversar/tratar con sus amigos según la acción en la cual principalmente se deleitan, que consideran su ser, y en razón de lo cual eligen su vivir, como ordenando toda su vida a esto. Y de allí es que algunos quieren beber simultáneamente con los amigos. Otros simultáneamente jugar a los dados, otros simultáneamente ejercitarse, por ejemplo en torneos, luchas y otras cosas semejantes, o también simultáneamente cazar o simultáneamente filosofar, de modo tal que todos, en aquella acción que aman máximamente entre todas las de esta vida, quieren permanecer con los amigos. En efecto, casi como queriendo convivir con los amigos, hacen semejantes acciones en las cuales máximamente se deleitan y en las cuales consideran que consiste toda su vida. Y en tales acciones comunican con los amigos, comunicación con los cuales juzgan que es el convivir. Y así es patente que convivir es elegibilísimo en la amistad” *In Ethic.* IX, lect. 14, n. 5-6.

abajo (6, 14): *esté ausente de mí gloriarse, a menos en la cruz de Nuestro Señor (Jesucristo, por el que el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo)*; y en II Cor 5, 14-15: *si uno solo ha muerto a favor de todos, entonces todos han muerto. Y Cristo ha muerto a favor de todos, para que también los que vivan ya no vivan para sí mismos, sino para aquel (que por ellos ha muerto y resucitado)*. Vivo, es decir, *ya no vivo yo, como teniendo en el afecto el bien propio, sino que Cristo vive en mí*, esto es, solo tengo a Cristo en el afecto, y el mismo Cristo es mi vida, conforme a Flp 1, 21: *para mí vivir es Cristo, y la muerte una ganancia*.

Para mí vivir (es Cristo, y morir una ganancia). En efecto, la vida implica cierta moción. Pues se dicen que viven aquellas cosas que se mueven desde sí mismas. Y, por eso, la vida del hombre parece que es radicalmente aquello que es principio del movimiento en él. Ahora bien, esto es aquello a lo que el afecto se une como a su fin, porque a partir de esto el hombre se mueve hacia todas las cosas. Por eso, algunos llaman “su vida” a aquello por lo que se mueven a obrar, como los cazadores a la caza, y los amigos al amigo. Por lo tanto, así, Cristo es nuestra vida, ya que todo el principio de nuestra vida y de nuestra operación es Cristo. Y, por esto, dice el Apóstol *para mí vivir (es Cristo)*, porque solo Cristo lo movía. *Y morir una ganancia*, aquí el Apóstol habla con propiedad. En efecto, cualquiera considera como una ganancia para sí cuando puede perfeccionar la vida imperfecta que tiene. Así, el enfermo juzga como ganancia la vida sana. Nuestra vida es Cristo, según Col 3, 3: *vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*. Pero aquí es imperfecta, según II Cor 5, 6: *mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor*. Y, por esto, cuando morimos según el cuerpo, se perfecciona en nosotros nuestra vida, a saber, Cristo, ante quien, entonces, estamos presentes²⁰.

En general, entendemos la noción de vida en su sentido físico, como el moverse desde sí mismo. Vivo es aquel ente al cual le compete ser según una naturaleza a la que le conviene moverse y obrar desde sí mismo. Ahora bien, aquí Santo Tomás quiere vincular la noción de vida con el fin, en complementación con el sentido anterior. La vida de cada cosa es principalmente su fin, el bien último en el que tiene fijado su afecto. Cada cosa vive o es máxima o principalmente aquel bien en orden al cual dirige u ordena todas sus operaciones vitales. Si vivo es lo que se mueve desde sí mismo, precisamente lo que primero mueve es el

²⁰ *In Phil.* c. 1, lect. 3.

fin, por tanto, la vida de cada uno es el bien que fundamentalmente lo moviliza. El fin, entonces, no es una idea abstracta por alcanzar, un propósito meramente inexistente (como suele entenderse a partir de Suárez). Al contrario, el fin es lo principal, lo más real y existente. Su realidad se hace presente como bien inherente al afecto, que lo transforma e impulsa hacia la consecución plena de aquel mismo bien que ya se posee incoativamente. La presencia anticipada del bien último en el afecto del amante, que constituye su misma vida, produce el deleite propio de toda posesión del fin, aunque sea germinal.

Pues bien, el afecto de cada hombre tiende de modo fundamental hacia sí mismo. Para Santo Tomás, el *amor sui* es el afecto radical de la voluntad, a partir del cual se ama cualquier bien. Hay una presencia, además de la entitativa, afectiva del hombre hacia sí mismo, por el que se busca naturalmente el bien propio. Pero más que a sí mismo, naturalmente, el hombre quiere a su Causa, de la que participa. El pecado original ha hecho que el hombre no pueda amar a Dios más que a sí mismo por sus solas fuerzas, antes bien el hombre se vuelca desordenadamente sobre sí mismo constituyéndose su fin último. Es necesaria la gracia, la caridad, para sanar y elevar este amor a sí mismo y a Dios.

La opción fundamental, entonces, es la que ya decía San Agustín: o el amor de sí hasta el desprecio de Dios, o el amor de Dios hasta el desprecio de sí. Solo se puede ser ciudadano de alguna de las dos ciudades que están fundamentadas en estos dos amores. Si uno vive solo amándose a sí mismo sin ordenar el *amor sui* hacia el amor de Dios, entonces vive solo para sí mismo (lo que es morir para sí)²¹; en el fondo, es *odium sui*. Si uno vive, además, amando a

²¹ “Cada uno se pone de pie (*stat*) o se cae ante (*cadit*) su señor, *ninguno de nosotros vive para sí*, ya con vida natural, ya espiritual, acerca de la cual se dice en Hab 2, 4: *mi justo vive por la fe. Para sí*, esto es, a causa de sí mismo, porque esto sería gozarse de sí mismo, conforme a I Cor 10, 33: *no buscando lo que es útil para mí*; y al Sal 113, 9: *no para nosotros, Señor, no para nosotros, [sino da la gloria a tu nombre]*; o bien *para sí*, esto es, según su regla, como los que dicen en Sab 2, 11: *sea nuestra fortaleza la ley de la injusticia*; o bien *para sí*, esto es, para su juicio, como leemos en I Cor 4, 3: *pero tampoco me juzgo a mí mismo. Y nadie se muere*, a saber, con muerte corporal o pecando con muerte espiritual, o también con la muerte espiritual por la que alguien muere a los vicios, por ejemplo en el Bautismo, según aquello que dice más arriba (6, 7): *el que ha muerto, ha sido justificado del pecado*; o bien *para sí*, esto es, para su juicio, o a causa de sí mismo o para su ejemplo; sino que alguien muere a los vicios a ejemplo de Cristo, como se dice en Rom 6, 10: *el que ha muerto al pecado, ha muerto una vez por todas*; y más abajo: *así también vosotros pensad que estáis muertos al pecado*. [...] *Ya sea que vivamos*, con vida corporal, *vivimos para el Señor*, esto es, para la gloria del Señor; *ya sea que muramos*, con muerte corporal, *morimos para el Señor*, esto es, para honor del Señor, como se lee en Flp 1, 20: *Cristo será engrandecido en mi cuerpo, ya sea por la muerte ya sea por la vida*. [...] [Los fieles] no son de sí mismos, sino de otro [Cristo]. En efecto, aquellos que son de sí mismos, como hombres libres, viven para sí y mueren para sí. Luego, como fue dicho que los fieles no viven o mueren para sí, sino para el Señor, concluye que *ya sea que vivamos, ya sea que muramos, somos del Señor*, casi como siervos de aquel que tiene potestad de la vida y la muerte, como leemos en I Cor 7, 23: *habéis sido comprados y a qué precio, no os hagáis siervos (de los hombres)*; en I Cor 6, 20: *habéis sido comprados a gran precio*; y en I Cro 12, 19: *somos tuyos, oh David, y estamos contigo, hijo de Jesé*. [...] *Para esto Cristo ha muerto y resucitado*, esto es, esto ha conseguido con su muerte y resurrección, *para ser Señor de los vivos*, porque resucitó, incoando una vida nueva y perpetua, y *de los muertos*, porque destruyó nuestra muerte muriendo, como se dice en II Cor 5, 15: *por quienes Cristo ha muerto*,

Dios por sobre todas las cosas, incluso sí mismo, es decir, ordenando todo su afecto hacia Dios como hacia su fin último con amor de caridad, entonces su vida es Dios, porque Dios lo mueve en todo²². Así era el afecto de Pablo, fijado en Cristo como en su Bien Supremo, siendo Él su vida. En el afecto de Pablo, no solo sus pasiones sensitivas, sino principalmente su voluntad, su corazón espiritual, estaba presente Cristo mediante la caridad derramada por el Espíritu. Esta presencia afectiva²³ de la Persona del Verbo hecho carne transfiguraba su corazón para que solo lata, goce, sufra, muera y viva en orden a Él, como si fuera el mismo corazón de Cristo el que latía en Pablo. El Apóstol mismo dice que él estaba en las vísceras de Jesús como veremos.

Sin caridad, entonces, el hombre está como muerto. La vida del alma, en cambio, es el amor a Dios o, más bien, Dios es la vida del alma, a quien nos unimos y ordenamos por la caridad:

El alma vive por la caridad por la que vive para Dios, que es vida del alma, según aquello de Deut 30, 20: *Él mismo es tu vida*. De allí que se diga en I Jn 3, 14: *hemos pasado de la muerte a la vida, ya que amamos a nuestros hermanos; el que no ama*

para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel quien ha muerto y resucitado a favor de ellos” In Rom. c. 14, lect. 1. “Todas las cosas, dice, son vuestras, esto es, que sirven para vuestra utilidad, según aquello de Rom 8, 28: *para los que aman a Dios todas las cosas cooperan para bien*. Por tanto, así, el primer orden es de las cosas de Cristo hacia los fieles; pero el segundo, de los fieles de Cristo hacia Cristo, a los que pone añadiendo *vosotros sois de Cristo*, a saber, porque os redimió con su muerte, como leemos en Rom 14, 8: *ya sea que vivamos, ya sea que muramos, somos del Señor*. El tercer orden es de Cristo, según que hombre, hacia Dios; por esto agrega *Cristo*, según que hombre, *es de Dios*” In I Cor. c. 4, lect. 3. “Tercero, y más literalmente, *por tanto, todos están muertos*, esto es, cada uno debería considerarse a sí mismo como si estuviera muerto a sí mismo, como se dice en Col 3, 3: *¡estáis muertos, (y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios!) Y este modo lo expone consecuentemente cuando dice y Cristo ha muerto a favor de todos*, como se dice en I Jn 2, *ha muerto para que vivamos para Cristo*. De allí que añada *para que también aquel que vive*, a saber, con vida natural, *ya no viva para sí*, esto es, no (viva) a causa de sí mismo y solo por su propio bien, *sino para aquel que ha muerto y resucitado por él*, a saber, para Cristo, esto es, que ordene toda su vida al servicio y honor de Cristo, conforme a Gal 2, 20: *vivo yo, ya no yo, (vive Cristo en mí)*; y a Eclo 29, 20: *no olvides la gracia de tu fiador, (pues ha dado su alma por ti)*. Y la razón de esto es que cada uno que obra asume la regla de su obrar a partir del fin. Por eso, si Cristo es el fin de nuestra vida, debemos regular nuestra vida no según nuestra voluntad, sino según la voluntad de Cristo. En efecto, así hablaba incluso Cristo en Jn 6, 38: *he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad*, etc. Nota que dice dos cosas, a saber, que Cristo ha muerto y que resucitó por nosotros; de allí que se exijan dos cosas de nosotros. En efecto, porque ha muerto por nosotros, también nosotros debemos morir a nosotros mismos, esto es, abnegarnos a nosotros mismos por Él mismo. Por eso decía en Lc 9, 23: *el que quiere venir después de Mí, abniéguese a sí mismo*, etc. Lo que es igual a que dijera: ‘que mueran a sí mismos’. Pero porque Cristo ha resucitado por nosotros, también nosotros debemos, así, morir al pecado y a la vida vieja y a nosotros mismos, para que, no obstante, resurjamos a la nueva vida de Cristo, como se dice en Rom 6, 4: *como Cristo a resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros (caminemos) en la novedad (de la vida)*. Y, por esto, el Señor no dijo solamente: *abniéguese a sí mismo y cargue su cruz*, sino que añadió y *sígame*, a saber, en la novedad de la vida, progresando en virtudes, como reza el Sal 83, 8: *irán de virtud en virtud*” In II Cor. c. 5, lect. 3.

²² Sobre el problema de la relación entre el *amor sui* y el *amor Dei*, cf. Fernández Ruiz, J. I., “Santo Tomás y el problema del amor: Estudio sobre el *amor sui* y el amor hacia Dios y los hombres”, en *Studium. Filosofía y Teología*, 27 (53), 2024: 5-25.

²³ Sobre la importante noción de presencia afectiva en Santo Tomás, cf. Echavarría, M. F., “La presencia afectiva según Tomás de Aquino”, en *Sapientia*, Julio-Diciembre, Vol. LXXVIII, fasc. 252, 2022: 194-221.

permanece en la muerte. Por tanto, rectamente compara el discurso del que carece de caridad con el sonido de una cosa muerta, a saber, del bronce o del platillo, que, aunque devuelva un sonido claro, sin embargo, no está vivo, sino muerto. Así también la locución del hombre que carece de caridad, por más elocuente que fuera, no obstante, se tiene por muerta, porque no progresa para el mérito de la vida eterna. [...] Las obras que se hacen a causa de la fe, si son sin caridad, dice que son infructuosas, conforme a Sab 3, 11: *la esperanza de ellos es vacía, y sus trabajos sin fruto*²⁴.

Y esto es lo que dice *teniendo el intelecto oscurecido por las tinieblas*, como leemos en Rom 1, 21: *su corazón necio está oscurecido*; y en el Sal 81, 5: *no supieron, ni entendieron, porque caminan en tinieblas*. Y la razón es que tales (hombres) no son partícipes de la luz divina, o de la ley divina que ilumina y regula; por lo que añade *alienados de la vida de Dios*, esto es, de Dios, que es vida del alma, como dice en Jn 14, 6: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*. O bien, *de la vida de Dios*, esto es, de la caridad y la gracia espiritual, por la que el alma vive formalmente, según Rom 6, 23: *la gracia de Dios es vida eterna*. Estos, en cambio, estaban sin esperanza de la vida eterna, porque sostenían la mortalidad del alma contra la fe y la esperanza, como se dice en Sab 2, 22: *desconocieron los sacramentos de Dios, ni esperaron la merced de la justicia, ni juzgaron el honor de las almas santas*, etc. O bien, *de la vida de Dios*, esto es, de la vida de vivir santamente, la que es por la fe, como leemos en Gal 2, 20: *vivo yo, ya no yo*, etc. *El justo vive por la fe*, como se dice en Rom 1, 17. O la que es por la caridad, como leemos en I Jn 3, 14: *nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos*, etc.²⁵

²⁴ *In I Cor.* c. 13, lect. 1. Cf. *In I Cor.* c. 13, v. 3: “Las operaciones tienen bondad según que son útiles para el fin. Por consiguiente, si decaen del fin, nada aprovechan. Ahora bien, se ordenan al fin último por la caridad, que es amor del bien, que es el fin último; y, por esto, dice que cualesquiera que sean las acciones, sin caridad, nada aprovechan”. “En el hombre hay dos miembros principales, que solían protegerse en las guerras, a saber, el corazón, que es principio de vida, y la cabeza, principio del movimiento exterior, donde están los sentidos y, de algún modo, los nervios. El corazón se protege con la armadura (*lorica*), la cabeza con el casco. La vida espiritual en nosotros es Cristo, por el que vive el alma, y el Señor habita en nosotros por la fe, como se dice en Ef 3, 17: *Cristo habita por la fe en vuestros corazones*. También habita por la caridad, que informa la fe, como se dice en I Jn 4, 16: *el que permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios en él*. Y, por esto, debemos tener fe y caridad. De allí que diga (*revestidos con*) *la armadura de la fe y de la caridad*, porque protege los (órganos) vitales, y (*con*) *el casco, la esperanza de la salvación*, la que es principio del movimiento espiritual, que es a partir de la intención del fin, al que esperamos conseguir” *In I Thes.* c. 5, lect. 1. “[...] las obras muertas, a saber, los pecados, [...] quitan a Dios del alma, cuya vida es por la unión de la caridad” *In Heb.* c. 9, lect. 3.

²⁵ *In Eph.* c. 4, lect. 6. Cf. *In Phil.* c. 2, lect. 4: “De cualquier manera que el mundo cambie, las luminarias del cielo permanecen claras, conforme a Mt 5, 14: *vosotros sois luz del mundo*. Que luce no cuanto a su esencia, porque así solo Dios es luz, según Jn 1, 4: *y la vida era luz de los hombres*. Los santos, en cambio, así no, como se dice en Jn 1, 8: *aquel no era la luz*. Pero son luz en cuanto tienen algo de aquella luz que era luz de los hombres, a saber, del Verbo de Dios que nos irradia. Y, por esto, dice *que contienen la palabra de vida*, a saber,

San Pablo era consciente de que él vivía en Cristo o de que Cristo vivía en él. El conocimiento de la posesión de la gracia o las virtudes infusas, es decir, saber que Dios inhabita en la propia mente, no puede tenerse con certeza, pero puede tenerse por experiencia de las Personas divinas en el alma, como el Apóstol sentía la presencia de Cristo en su interior:

Ser en Cristo puede entenderse de dos modos. De un modo, por la fe y el sacramento de la fe, según aquello del Apóstol en Gal 3, 27: *todos los que habéis sido bautizados, habéis sido revestidos de Cristo*, a saber, por la fe y el sacramento de la fe. Y, de este modo, el Apóstol sabía que él estaba en Cristo. De otro modo, se dice que alguien está en Cristo por la caridad, y de este modo ninguno sabe que está en Cristo con certeza, a menos por ciertas experiencias y signos, en cuanto se siente dispuesto y unido en Cristo, de tal forma que de ninguna manera, aún a causa de la muerte, permitiría que se separe de Él. Y el Apóstol era experto en esto [tenía la experiencia de esto] respecto de sí mismo, como cuando dice en Rom 8, 38: *pues estoy cierto que ni la muerte ni la vida, etc., nos separará de la caridad*. Por eso, pudo tener semejantes signos, de que estaba en la caridad de Cristo²⁶.

Con esa consciencia de habitar en Cristo o de que Cristo habitaba íntimamente en él, Pablo deseaba que los Filipenses estuvieran en el corazón de Cristo. No se trata de una experiencia meramente individual, sino que abre a la amistad con el prójimo y la comunidad:

[*Dios es mi testigo de*] *cómo os deseo*, a saber, yo, que estoy en las vísceras (*visceribus*) de Jesucristo. O bien, *cómo os deseo* que estéis en ellas; como si dijera: “cómo deseo vuestra salvación y participación de la entrañable (*viscerosae*) caridad de Cristo”, conforme a Lc 1, 78: *por la entrañable (viscera) misericordia de Dios*, etc.; como si dijera: “porque la virtud del amor llega a tocar (*pertingit*) hasta las profundidades e intimidades del corazón”. O bien, deseo que estéis *en las vísceras de Jesucristo*, esto es, que lo améis íntimamente como también sois amados por Él; en efecto, en esto consiste la vida del hombre²⁷.

la palabra de Cristo, como leemos en Jn 6, 68: *Señor, ¿a quién iremos? Tienes palabras de vida eterna*; y en el Sal 118, 105: *tu palabra es lámpara para mis pies*; In Heb. pr.: “La obra excelente de Cristo es triple: [...] la tercera es la obra de la justificación, por la que los santos son justificados familiarmente por Cristo, como se dice en Jn 1, 4: *y la vida era la luz de los hombres*”.

²⁶ In II Cor. c. 12, lect. 1. Cf. S. Th. I-II, q. 112, a. 5, c.

²⁷ In Phil. c. 1, lect. 2. Los que aman a Cristo y son amados por Él, en lo que consiste la vida humana, son el sagrado corazón de Jesús: “Otra es la fortaleza del alma, que consiste en el corazón. Por esto, dice (el Sal 22, 15): *mi corazón se ha vuelto como cera derretida*. San Agustín se pregunta de qué modo esto es verdadero

Vida en la carne según el Espíritu

(3) Queda, sin embargo, una duda a partir de lo que está afirmando San Pablo, como planteamos *supra*: “¿de qué modo él mismo vive y no es él el que vive?”. ¿Cómo un santo vive y no vive? ¿Cómo se vive en la carne terrenal y temporal, pero también en la unión y contacto con una vida nueva, distinta, divina, eterna, que está en Cristo? Dice Santo Tomás retomando la noción de vida mencionada más arriba:

Se dicen que viven propiamente aquellas cosas que se mueven desde un principio intrínseco. Ahora bien, el alma de Pablo estaba constituida entre Dios y el cuerpo, y el cuerpo, ciertamente, era vivificado y se movía por el alma de Pablo, pero su alma por Cristo. Por lo tanto, cuanto a la vida de la carne, vivía el mismo Pablo, y esto es lo que dice *ahora que vivo en la carne*, esto es, la vida de la carne; pero cuanto a la relación hacia Dios, Cristo vivía en Pablo, y, por esto, dice *vivo en la fe del Hijo de Dios*, por la que habita en mí y me mueve. Como leemos en Hab 2, 4: *mi justo vive por la fe*.

En Pablo había un doble principio intrínseco, de diverso orden²⁸. Por un lado, el alma de Pablo vivificaba y movía su cuerpo, permitiéndole ejercer las operaciones vitales básicas, tanto vegetativas como sensitivas. Por otro lado, el alma humana no es una mera *forma corporis*, sino también una *forma subsistens*, un *spiritus*, una *mens* creada a imagen de Dios, por la que es capaz de ejercer operaciones sin comunicación con la materia orgánica: el conocimiento intelectual y el amor voluntario, por los que puede conocer y amar a Dios a imagen de cómo Él mismo se conoce y ama en el Verbo y el Espíritu²⁹. La mente de Pablo,

respecto de Cristo cabeza. En efecto, esto parecería provenir por la sobreabundancia del temor, lo que no debe decirse acerca de Cristo, porque aunque hubiera en Él temor natural, sin embargo, no tanto que derritiera su corazón. Y, así, debe entenderse respecto de Cristo, no cuanto a Él mismo, sino cuanto a sus miembros, que, ciertamente, son el corazón de Cristo, y a los que ama especialmente: *os llevo en mi corazón* (Flp 1, 7). Y sigue el pasaje: *Dios es para mí testigo, de que os amo a todos en las vísceras de Jesucristo* (1, 8)” *In Psal.* 21, n. 11.

²⁸ Podemos distinguir una doble vida en Pablo, la de la naturaleza y la de la justicia, en la que el alma es a la primera lo que la fe que obra por la caridad es a la segunda: “En el hombre hay una doble vida, a saber, la vida de la naturaleza y la vida de la justicia. La vida de la naturaleza, ciertamente, es por el alma; de allí que, retrocediendo el alma del cuerpo, el cuerpo permanezca muerto. La vida de la justicia, en cambio, es por Dios que habita en nosotros por la fe. Y, por esto, lo primero por lo que Dios está en el alma del hombre es la fe, como leemos en Heb 11, 6: *al que se acerca a Dios le es preciso creer*; y en Ef 3, 17: *Cristo habita por la fe*, etc. Y así decimos que en el alma los primeros indicios de vida aparecen en las obras del alma vegetativa: porque es el alma vegetativa la que primero adviene al animal generado, como dice el Filósofo. Así, porque el primer principio por el que Dios está en nosotros es la fe, por esto, se llama a la fe ‘principio de vivir’. Y esto es lo que dice *mi justo vive por la fe*. Y debe entenderse acerca de la fe que obra por la dilección” *In Gal.* c. 3, lect. 4.

²⁹ “Primero debe considerarse qué hombre se llama animal. Debe considerarse, por tanto, que el alma es forma del cuerpo. Por eso, se entienden como propias del alma aquellas fuerzas que son actos de los órganos corporales, a saber, las fuerzas sensitivas. Luego, se llaman ‘hombres animales’ aquellos que siguen a semejantes fuerzas, entre las cuales se encuentra la fuerza aprehensiva y la apetitiva, y, por esto, el hombre puede llamarse animal de dos maneras. De un modo, cuanto a la fuerza aprehensiva, y, así, se llama ‘animal en el sentido’ el que, como se dice en la Glosa, juzga acerca de Dios bajo la fantasía de los cuerpos o la letra de la ley,

que incluye estos dos ámbitos cognitivo-afectivos, era animada o vivificada y movida por Dios, por Cristo. Dios es como el alma de Pablo, como su misma alma es alma del cuerpo. Así como el cuerpo vive por el alma, el alma vive por Dios³⁰.

Pero Dios no mueve a Pablo como un motor externo, sino como alguien intrínseco, que habita, precisamente, en el interior de Pablo, en su corazón o mente espiritual, recreando la *imago Dei*. La habitación de las Personas divinas en la mente de Pablo, por la que le comunican su Vida en sentido entitativo y lo movilizan en sentido operativo, está garantizada por la gracia y las virtudes teológicas, especialmente la fe y la caridad con sus dones o espíritus, es decir, impulsos o instintos, correspondientes (entendimiento, ciencia y sabiduría)³¹.

o bien bajo la razón filosófica, todo lo que se toma según las fuerzas sensitivas. De otro modo, alguien se llama animal cuanto a la fuerza apetitiva, a saber, el que solo se aficiona por aquellas cosas que son según el apetito sensitivo, y tal (hombre) se llama ‘animal en la vida’, el que, como se dice en la Glosa, sigue la disoluta lascivia de su alma, la que el espíritu rector no contiene dentro de las medidas del orden natural. Por eso se dice en la carta de Judas 19: *aquellos son los que se segregan a sí mismos, animales que no tienen espíritu*. [...] El Espíritu Santo enciende el afecto para amar los bienes espirituales, despreciados los bienes sensibles, y, por esto, aquel que es de vida animal, no puede captar semejantes bienes espirituales, porque dice el Filósofo en IV Ethic. que así como es cada uno, así le parece el fin, conforme a Prov 18, 2: *el estúpido no recibe las palabras de la prudencia, a menos que le dijeras aquellas cosas que ocupan su corazón*; y a Eclo 22, 9: *el que enseña la sabiduría al estúpido, es como el que le habla a alguien que duerme*. [...] Primero debe verse qué hombre se llama espiritual. Debe notarse que solemos nombrar ‘espíritu’ a las substancias incorpóreas; por consiguiente, porque hay alguna parte del alma que no es acto de algún órgano corpóreo, a saber, la parte intelectiva que comprende el intelecto y la voluntad, semejante parte del alma se llama ‘espíritu del hombre’, la que, sin embargo, no solo es iluminada según el intelecto, sino también inflamada según el afecto y la voluntad por el Espíritu de Dios. Por lo tanto, el hombre se llama espiritual de dos maneras. De un modo, por parte del intelecto, iluminado por el Espíritu de Dios. Y, según esto, en la Glosa se dice que el hombre espiritual es el que, sujeto al Espíritu de Dios, conoce certísima y fielmente las cosas espirituales. De otro modo, por parte de la voluntad, inflamada por el Espíritu de Dios: y de este modo se dice en la Glosa que es espiritual la vida por la cual se rige al alma, esto es, a las fuerzas animales, teniendo como rector al Espíritu de Dios” *In I Cor.* c. 2, lect. 3. “La forma humana se llama tanto ‘alma’ como ‘espíritu’. En efecto, en cuanto tiende hacia el cuidado del cuerpo, vegetando, nutriendo y generando, así se llama ‘alma’; pero en cuanto tiende hacia el conocimiento, a saber, entendiendo, queriendo y semejantes, así se llama ‘espíritu’. Por eso, cuando dice *el primer hombre, Adán, fue hecho en alma viviente*, aquí el Apóstol trata acerca de la vida por la que el alma sirve al cuerpo [...]. Así como Adán consiguió la perfección de su ser mediante el alma, así también Cristo la perfección de su ser, en cuanto hombre, mediante el Espíritu Santo. Y, por esto, puesto que el alma no puede vivificar sino al cuerpo propio, Adán fue hecho en alma, no vivificante, sino solo viviente; pero Cristo fue hecho en Espíritu viviente y vivificante, y, por esto, Cristo tuvo potestad de vivificar, como se dice en Jn 1, 16: *de su plenitud (todos nosotros hemos recibido)*; y en Jn 10, 10: *he venido para que tengan vida y la tengan más abundantemente*; y en el Símbolo: *y en el Espíritu Santo vivificante*” *In I Cor.* c. 15, lect. 7.

³⁰ “Así como el cuerpo vive por el alma con vida natural, así también el alma vive por Dios con vida de gracia. Ahora bien, Dios habita en el alma primero por la fe, según Ef 2, 17: *Cristo habita por la fe en vuestros corazones*. Y, sin embargo, no hay perfecta habitación a menos que la fe esté formada por la caridad, la que nos une a Dios por el vínculo de perfección, como se dice en Col 3, 14. Y, por esto, lo que aquí dice *vive por la fe*, debe entenderse de la fe formada” *In Rom.* c. 1, lect. 6. “Así como es la vida corporal por el alma, así también la espiritual por la fe, conforme a Hab 2, 4: *mi justo vive por la fe*” *In Tit.* pr.

³¹ “La gracia de Dios es vida eterna. Porque había dicho que los hombres justos tendrán vida eterna, lo que no puede tenerse por cierto a no ser por la gracia: por esto, el hecho mismo de que obremos los bienes, y que nuestra obra sea digna de vida eterna, viene de la gracia de Dios. [...] Y esto se hace *en Cristo Jesús nuestro Señor*, esto es, por Cristo, o en cuanto estamos en Él mediante la fe y la caridad, como dice Jn 6, 40: *todo el que ve al Hijo, y cree en Él, tiene vida eterna*” *In Rom.* c. 6, lect. 4.

De este modo, el justo no vive por él mismo, por su alma, sino por la fe, por la que vive movido por Dios, a quien la fe lo une. Pero no se trata de cualquier fe o palabra, sino de una palabra que espira, hace proceder o está unida a un amor divino de caridad, como en la misma Trinidad el Hijo no es una Palabra cualquiera, sino una Palabra que prorrumpe en Amor, una Sabiduría Sabrosa³². Es lo que San Pablo llama “fe que obra por amor” (*fides dilectionem operans*). Es esta fe la que nos otorga la novedad de la vida. Sin una fe amante o una caridad creyente somos creaturas viejas:

La fe formada por la caridad es una creatura nueva. Pues fuimos creados y producidos en el ser de la naturaleza (*esse naturae*) por Adán; pero aquella creatura ya era, ciertamente, antigua y envejecida, y por esto, el Señor, produciéndonos y constituyéndonos en el ser de la gracia (*esse gratiae*), ha hecho cierta creatura nueva, conforme a Sant 1, 18: *para que seamos un inicio de su creación*. Y se dice nueva, porque por ella somos renovados a la vida nueva; no solo mediante el Espíritu Santo, según el Sal 103, 30: *envía tu Espíritu y serán creados y renovarás la faz de la tierra*; sino también mediante la cruz de Cristo, como se lee en II Cor 5, 17: *si alguno está en Cristo es una creatura nueva*. Por lo tanto, así, mediante la creatura nueva, a saber, mediante la fe de Cristo y la caridad de Dios, que ha sido derramada en nuestros corazones, somos renovados, y nos unimos a Cristo³³.

Y, por esto, dice *mi justo*, a saber, con la justicia por la que se ordena hacia Mí, esto es, el que es justo para Mí y a causa de Mí. Ahora bien, aquello por lo que el hombre se justifica es la fe, según Rom 3, 22: *la justicia de Dios es por la fe en Jesucristo*. Cuya razón es porque el hombre es justo por el hecho de que se ordena hacia Dios: y aquello por lo que el hombre primero se ordena hacia Dios es la fe. Y, por esto, dice *mi justo (vive) por la fe*. Como se dice más abajo (11, 6): *al que se acerca a Dios le es preciso creer*. Y no solo la justicia es por la fe, sino también por la fe vive el justificado. En efecto, así como el cuerpo vive por el alma, así también el alma por Dios. Por esto, así como el cuerpo vive por aquello por lo que primero se une el alma al cuerpo, así también el alma vive por aquello por lo que primero se une Dios al alma, y esto es la fe, porque la fe es lo primero en la vida espiritual, según Is 7, 9: *si no habréis creído, no permaneceréis, como la casa no permanece, destruido el fundamento*; y Gal 2, 20: *ahora que vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios*. Ahora bien, la fe, si no está

³² Cf. *S. Th.* I, q. 43, a. 5, ad 2; II-II, q. 45, a. 2, c.

³³ *In Gal.* c. 6, lect. 4.

formada por la caridad, está muerta y, por esto, no vivifica al alma sin caridad, conforme a Gal 5, 6: *la fe que obra por la caridad*; y a I Jn 3, 14: *nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida ya que amamos*³⁴.

Nótese que Pablo decía que vive “en” la carne, pero no “según” la carne³⁵; en Gálatas distingue “sembrar en la carne” y “sembrar en espíritu”³⁶. Todo hombre vive en esta vida terrenal en la carne, pero algunos, la mayoría, viven según o conforme a la carne, despreciando el espíritu, es decir, no participando de la vida divina que nos moviliza hacia la

³⁴ *In Heb.* c. 10, lect. 4. En este Comentario, Santo Tomás ofrece una definición de la fe: “La fe es el hábito de la mente por la cual se incoa la vida eterna en nosotros, haciendo al intelecto asentir a las cosas que no aparecen” c. 11, lect. 1.

³⁵ “*Si Cristo, así, está en vosotros*, es preciso que vosotros seáis conformes a Cristo. Cristo vino al mundo de tal modo que, cuanto al espíritu, era lleno de gracia y de verdad, y, sin embargo, cuanto al cuerpo, tuvo semejanza de la carne del pecado, como fue dicho más arriba. Por eso, también esto es preciso que suceda en vosotros, a saber, que vuestro *cuerpo, ciertamente, esté muerto a causa del pecado*, que todavía permanece en vuestra carne, es decir, sujeto a la necesidad de la muerte, como se dice en Gn 2, 17: *el día que comiérais, moriréis*, esto es, estaréis sujetos a la necesidad de la muerte; *pero que el espíritu viva*, el que ya ha sido revocado del pecado, según aquello de Ef 4, 23: *renovad el espíritu de vuestra mente*: vive con la vida de la gracia, *a causa de la justificación*, por la que es justificado por Dios, como se dice en Gal 2, 3: *ahora que vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios*; y más arriba (1, 17): *el justo vive por la fe*. [...] *Por tanto, somos deudores del Espíritu Santo*, a causa de los beneficios recibidos de Él, para que vivamos según el Espíritu y no según la carne, como se dice en Gal 5, 25: *si vivimos del Espíritu, caminemos también del Espíritu*” *In Rom.* c. 8, lect. 2. “La carne puede ser considerada en sí misma: y, así, no se le tiene odio, sino que naturalmente cualquiera apetece que exista y la sustenta para que exista. O bien, puede considerarse a la carne en cuanto es impeditiva de algo que queremos, y, así, se le tiene cierto odio *per accidens*. Pues todo lo que queremos, o es bueno, o malo: si bueno, o es el fin último, a saber, la vida eterna, de la que somos impedidos por la carne, como leemos en II Cor 5, 6: *mientras estamos en este cuerpo, peregrinamos lejos del Señor*. Y porque naturalmente apetecemos nuestro fin y bien ser, y no podemos tener esto mientras estamos en esta carne, por esto, queremos arrojarla; no como algo malo a lo que le tenemos odio, sino como un bien menos amado, que impide un mayor bien” *In Eph.* c. 5, lect. 9. “Consecuentemente, cuando dice *si vivimos por el Espíritu*, etc., pone el tercer beneficio del Espíritu Santo, que confiere la vida. Y primero pone el beneficio del Espíritu de Dios; segundo, excluye los vicios del espíritu del mundo [los vicios capitales], allí *no nos hagamos*, etc. Por tanto, dice, ennumerándose a él mismo junto con aquellos a quienes escribe: digo que debemos caminar por el Espíritu, porque también vivimos por Él, y no por la carne. Como leemos en Rom 8, 12: *somos deudores, no de la carne*, etc. Luego, *si vivimos por el Espíritu*, debemos ser actuados por Él en todas las cosas. En efecto, así como en la vida corporal el cuerpo no se mueve sino por el alma por la que vive, así también en la vida espiritual todo nuestro movimiento debe ser desde el Espíritu Santo, conforme a Jn 6, 64: *el espíritu es el que vivifica*; y a Hch 17, 28: *en Él vivimos, nos movemos y somos*” *In Gal.* c. 5, lect. 7. “Cristo es engrandecido en nuestro cuerpo de dos modos. De un modo, en cuanto destinamos nuestro cuerpo para su obsequio, ejecutando sus ministerios corporalmente, conforme a I Cor 6, 20: *glorificad y portad a Dios en vuestro cuerpo*. De otro modo, exponiendo nuestro cuerpo por Cristo, como se dice en I Cor 13, 3: *si entregara mi cuerpo, para que arda*, etc. El primer modo se hace mediante la vida, el segundo mediante la muerte. Por esto dice *ya sea mediante la vida*, porque se obra viviendo, *ya sea mediante la muerte*, como también leemos en Rom 14, 8: *ya sea que vivamos, ya sea que muramos, somos del Señor*. [...] *Si vivir aquí en la carne es para mí un fruto*, etc.; es verdad que en mi cuerpo, mientras vivo, es engrandecido Cristo. Por lo tanto, mi vivir en carne, esto es, mi vida en la carne, es semejante fruto. Por eso, predica el efecto desde la causa, esto es, si la vida me trae este fruto, para que Cristo sea engrandecido, la vida en carne es buena y fructuosa, como se dice en Rom 6, 22: *tenéis vuestro fruto para la santificación*” *In Phil.* c. 1, lect. 3.

³⁶ *In Gal.* c. 6, lect. 2: “Primero trata acerca de la siembra de la carne. De allí que deba decirse qué sea sembrar en la carne; segundo, qué sea cosechar corrupción desde la carne. Ciertamente, sembrar en la carne es obrar por el cuerpo o por la carne; como si dijera: ‘yo he gastado mucho en este hombre’, esto es, ‘he hecho muchas cosas por él’. Por lo tanto, siembra en la carne aquel que, aquellas cosas que hace, aún si parece que son buenas, las hace para fomento y utilidad de la carne. [...] La condición de la carne es que sea corruptible y, por esto, *el que siembra en la carne*, esto es, pone su esfuerzo y obras, es preciso que sus mismas obras se corrompan y perezcan, como se dice en Eclo 14, 20: *toda obra corruptible, al final se pierde*; y en Rom 8, 13: *si habréis*

Bienaventuranza. Al contrario, muchos hombres se mueven hacia los bienes creados, finitos y caducos, ya sea los exteriores como las riquezas o el dinero, como los interiores, tanto los del cuerpo (placer, salud, confort, bienestar, etc.) como los del alma (poder, fama, honor, éxito, etc.)³⁷. Poner el fin último en algún bien creado y vivir sustancial y operativamente en torno a esa felicidad ficticia constituye la vida según el mundo o la carne. Es otro tipo de sabiduría, diversa a la Sabiduría que es don del Espíritu, de la que ahora hablamos³⁸.

Tender, en cambio, hacia la visión divina, imposible en esta vida terrenal³⁹, movido por el mismo Espíritu Santo, consiste en la vida según el Espíritu⁴⁰. De este modo, los santos están

vivido según la carne, moriréis. Segundo trata acerca de la siembra del espíritu, diciendo: *en cambio, el que siembra en el espíritu*, esto es, ordena su esfuerzo para servidumbre del espíritu, sirviendo a la justicia por la fe y la caridad, *cosechará*, ciertamente, *del espíritu* según su condición. Ahora bien, la condición del espíritu es que sea autor (*actor*) de la vida, como se dice en Jn 6, 63: *el espíritu es el que vivifica*. Pero no de cualquiera vida, sino de la vida eterna, puesto que el espíritu es inmortal, y, por esto, *cosechará del espíritu vida eterna*, como se dice en Prov 11, 18: *al que siembra justicia, una recompensa fiel*, porque nunca se seca. Pero nota que cuando trata acerca de la siembra de la carne, dice *en su carne*, porque la carne es para nosotros de nuestra naturaleza, pero cuando habla acerca de la semilla del espíritu, no dice ‘su’, porque el espíritu no es nuestro por nosotros, sino por Dios”.

³⁷ “*Si habréis vivido según la carne*, a saber, siguiendo las concupiscencias de la carne, *moriréis*, a saber, con la muerte de la culpa en el presente y con la muerte de la condenación en el futuro, conforme a I Tim 5, 6: *la que vive en las delicias está muerta*” In Rom. c. 8, lect. 2.

³⁸ Cf. S. Th. II-II, q. 55, a. 1, ad 3; q. 45, a. 1, ad 1.

³⁹ “Algo acerca de Dios es completamente desconocido para el hombre en esta vida, a saber, qué es Dios. Por eso, aún Pablo encontró en Atenas un altar inscripto: *al Dios desconocido*. Y esto porque el conocimiento del hombre empieza a partir de aquellas cosas que le son connaturales, a saber, las creaturas sensibles, que no son proporcionadas para representar la esencia divina. Sin embargo, el hombre puede, a partir de semejantes creaturas, conocer a Dios triplemente, como dice Dionisio en el libro Acerca de los nombres divinos. [...] Primero, ciertamente, *lo invisible de Él mismo*, por lo que se entiende la esencia de Dios, la que, como fue dicho, no puede ser vista por nosotros, conforme a Jn 1, 18: *a Dios nadie lo vio nunca*, a saber, por esencia, viviendo con vida mortal” In Rom. c. 1, lect. 6. “La gloria [de los fieles] es que conozcan en plena luz aquellas cosas que ahora se predicán en misterio” In I Cor. c. 2, lect. 1. “Después, cuando dice *nosotros, en cambio*, etc., muestra de qué modo se percibe el conocimiento del Espíritu Santo, diciendo: aunque ninguno de los hombres puede *per se* saber aquellas cosas que son propias de Dios, *nosotros, en cambio*, a saber, repletos del Espíritu Santo, *no recibimos el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios*. Con el nombre de ‘espíritu’ se entiende cierta fuerza vital, cognitiva y motiva. Por tanto, el espíritu de este mundo puede decirse sabiduría de este mundo, y amor del mundo, por el que el hombre es impulsado a obrar aquellas cosas que son del mundo; los santos apóstoles no recibieron este espíritu, arrojando y despreciando el mundo, sino que recibieron el Espíritu Santo, por el que sus corazones fueron iluminados e inflamados al amor de Dios. [...] El espíritu de este mundo hace errar. [...] Por su Espíritu divino hemos conseguido *que sepamos las cosas que nos han sido dadas por Dios*, para que sepamos acerca de las cosas divinas cuanto Dios le ha donado a cada uno: porque, como se dice en Ef 4, 7: *a cada uno le es dada la gracia según la medida de la donación de Cristo*” lect. 2. “Nosotros conocemos a Dios en esta vida en cuanto conocemos lo invisible de Dios a través de las creaturas, como se dice en Rom 1, 20. Y, así, toda creatura es para nosotros como cierto espejo: porque por el orden, y bondad, y magnitud, que en las cosas son causadas por Dios, llegamos al conocimiento de la sabiduría, bondad y eminencia divinas. Y este conocimiento se llama ‘visión en espejo’. [...] Sigue *ahora conozco por parte*, et. Aquí, aquello que había probado en general, lo prueba en especial acerca del conocimiento de sí mismo, diciendo *ahora*, esto es, en la vida presente, yo Pablo *conozco por parte*, esto es, oscura e imperfectamente; *entonces, en cambio*, a saber, en la patria, *conoceré como también soy conocido*, esto es: así como Dios ha conocido mi esencia, así también conoceré a Dios por esencia; de tal modo que allí ‘como’, no implica igualdad de conocimiento, sino tan solo semejanza” In I Cor. c. 13, lect. 4. “Mientras el alma esté unida al cuerpo mortal, no ve a Dios por esencia, como se lee en Ex 33, 20: *no me verá el hombre (y seguirá vivo)*” In II Cor. c. 5, lect. 2.

⁴⁰ “*La prudencia del espíritu es vida y paz*. Según lo que dijimos, se habla de prudencia del espíritu, cuando alguien, presupuesto el fin del bien espiritual, se aconseja, juzga y preceptúa las cosas que se ordenan

más en el cielo que en la tierra, puesto que su vida, su afecto, está puesto en ese Bien, y desean dejar de vivir en este mundo para entrar definitivamente en la Patria celestial. Muero porque no muero, dice Santa Teresa, o el mismo San Pablo: “deseo morir y estar con Cristo”⁴¹.

La vida de los santos no es la que se manifiesta en esta vida terrenal (por eso dice San Pablo que, en esta vida, están como muertos), sino que, al decir de la carta a los Colosenses, está oculta o escondida, es vida mística, puesto que es vida en Cristo, unida ya a Cristo, que está desde toda la eternidad por su divinidad y desde la Ascensión por y con su humanidad en lo misterioso de la vida eterna junto al Padre y el Espíritu. La verdadera vida cristiana se manifestará cuando Cristo se revele plenamente:

convenientemente a este fin. De allí que tal prudencia es *vida*, esto es, causa de la vida de la gracia y de la gloria, como se dice al final de Gálatas: *el que siembra en el espíritu, es del espíritu y cosechará para la vida eterna*” *In Rom.* c. 8, lect. 1. “*Si con el Espíritu*, esto es, por el Espíritu, *habréis mortificado los hechos de la carne*, esto es, las obras que provienen de la concupiscencia de la carne, *viviréis*, con la vida de la gracia en el presente y la vida de la gloria en el futuro, como se dice en Col 3, 5: *mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra*; y en Gal 5, 24: *los que son de Cristo, han crucificado su carne con los vicios y las concupiscencias*” lect. 2. “Y por esto dice [hostia] *viviente*, porque la hostia de nuestro cuerpo que ofrecemos a Dios es viviente por la fe formada con la caridad, como se dice en Gal 2, 20: *ahora que vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios*. [...] Esta hostia espiritual siempre vive y progresa en la vida, según aquello de Jn 10, 10: *Yo he venido para que tengan vida, y la tengan más abundantemente*, porque ya el pecado ha sido quitado por Cristo: a menos que digamos que la hostia de nuestro cuerpo vive, ciertamente, para Dios por la justicia de la fe, pero se mortifica de las concupiscencias de la carne, como leemos en Col 3, 5: *mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra*” c. 12, lect. 1.

⁴¹ Flp 1, 23. Cf. *In Phil.* c. 1, lect. 3: “En el hombre hay un doble movimiento, a saber, el de la naturaleza y el de la gracia. El de la naturaleza hacia no morir, conforme a II Cor 5, 4: *no queremos ser desvestidos, sino revestidos*; y a Jn 21, 18: (*cuando eras joven, te ceñías tú mismos y caminabas donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos*) y otro te (*ceñirá y te*) *conducirá por donde tú no quieres*. Y el de la gracia, que sugiere la caridad, que mueve hacia la dilección de Dios y del prójimo. Este afecto mueve a la dilección de Dios, para que estemos con Cristo. Y, por esto, dice *teniendo el deseo de ser disuelto*, no absolutamente, sino para *estar con Cristo*, como se dice en II Cor 5, 8: *nos atrevemos y preferimos con buena voluntad peregrinar lejos del cuerpo y estar presentes al Señor*”. Véase también: *In II Cor.* c. 4, lect. 4: “La muerte obra en nosotros un gran bien, a saber, la consecución de la vida espiritual, según el Sal 115, 15: *la muerte de sus santos es preciosa a los ojos del Señor*. Pero la vida terrena que amáis, obra en vosotros un gran mal, a saber, la muerte eterna, según Prov 10, 16: *la obra del justo para la vida, (el fruto del impío para el pecado)*; y Jn 12, 25: *el que ama su alma en este mundo, (la pierde; y, el que odia su alma en este mundo, la custodiará para la vida eterna)*”. E *In Heb.* c. 2, lect. 4: “[...] el temor ata a los hombres de modo máximo. Ahora bien, entre todos los temores, el de muerte es máximo. En efecto, es el fin de las cosas terribles. De allí que si el hombre supera este temor, supera todos; y, supuesto esto, se supera todo amor desordenado del mundo. Por esto, Cristo ha roto esta atadura mediante su muerte, porque quitó el temor de muerte, y, por consecuente, el amor de la vida presente. En efecto, cuando el hombre considera que el Hijo de Dios, el Señor de la muerte, quiso morir, no teme morir. Por lo que antes de la muerte de Cristo decía aquel en Eclo 41, 1: *oh muerte, qué amarga es tu memoria*. Pero después de la muerte de Cristo el Apóstol clama en Flp 1, 23: *teniendo el deseo de ser disuelto y estar con Cristo*. Por eso se dice en Mt 10, 28: *no temáis a aquellos que matan el cuerpo*, etc. [...] Y debe notarse que nos ha liberado del temor de muerte, [...] tercero, abriendo la entrada hacia la gloria, que antes de su muerte no era clara, y por esto no solo no tememos la muerte, sino que la deseamos, conforme a Flp 1, 23: *teniendo el deseo de ser disuelto y estar con Cristo*”. “Por la muerte de Cristo se abrió la puerta de la vida. En efecto, ninguno entró antes de la muerte de Cristo” *In Heb.* c. 9, lect. 4.

No saboread/sabed las cosas que son terrenas, porque *estáis muertos* al estilo de vida (*conversatio*) terreno. En efecto, el que ha muerto a esta vida no saborea/sabe aquellas cosas que son de este mundo, tampoco vosotros, si *estáis muertos con Cristo*, a los elementos de este mundo, como se dice en Rom 6, 11: *considerad, ciertamente, que vosotros estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios*; y en Is 26, 14: *los que mueren no viven, los gigantes no resurgen*, etc. [...] Y, por esto, otra vida está oculta, por eso también aquí dice *y vuestra vida (está escondida con Cristo en Dios)*. Y esta vida la hemos adquirido por Cristo, como se dice en I Pe 3, 18: *Cristo ha muerto por nuestros pecados, el justo por los injustos*, etc. Porque esta vida es por Cristo, y Cristo está oculto de nosotros, porque está en la gloria de Dios Padre, de modo semejante, también la vida, que por Él nos ha sido dada, está en lo oculto, a saber, donde Cristo está en la gloria de Dios Padre, conforme a Prov 3, 16: *la longitud de los días a su derecha, y a su izquierda las riquezas y la gloria*; al Sal 30, 20: *cuán grande es la multitud de tu dulzura, que has escondido para los que te temen*, etc.; y a Apoc 2, 17: *al que vence le daré el maná escondido*, etc. Por esto, cuando dice *cuando (aparezca) Cristo*, etc., muestra de qué modo se manifiesta (nuestra vida), a saber, como también (se manifestará la de) Cristo, porque se dice en el sal 49, 3: *Dios vendrá de modo manifiesto*. Y, por esto, dice *cuando aparezca Cristo, vuestra vida*, porque Él mismo es el autor de vuestra vida⁴², y porque en su amor y conocimiento consiste vuestra vida, según Gal 2, 20: *vivo yo, ya no yo, vive Cristo en mí. Entonces también vosotros apareceréis*, como se dice en I Jn 3, 2: *cuando aparezca, seremos semejantes a Él*, a saber, en la gloria; y en Hab 3, 3: *vendrá del Sur y el Santo desde el monte Parán*⁴³.

En este sentido, toda la vida terrenal está signada según San Pablo por la esperanza teologal: “el justo tiene esperanza en las cosas eternas, y no en las terrenas”⁴⁴. San Pablo mismo, dice Santo Tomás, es Apóstol, no solo por ser enviado, sino también por ser ministro de la esperanza en la vida eterna, a diferencia de Moisés, que es apóstol para una porción de tierra temporal⁴⁵. La característica fundamental del hombre es su carácter de viador y peregrino⁴⁶, su consciencia de que su instancia definitiva y perfecta no reside en este mundo, aunque aquí se

⁴² “Dice *para Dios*, que es toda la Trinidad, que es autora de la vida” *In I Tim.* c. 6, lect. 2.

⁴³ *In Col.* c. 3, lect. 1.

⁴⁴ *In II Tim.* c. 4, lect. 2.

⁴⁵ “El fin es la esperanza de la vida eterna, porque aunque Moisés pueda llamarse ‘apóstol’, porque fue enviado por el Señor; sin embargo, no (fue enviado) para esperanza de la vida eterna, sino de la tierra de los Heveos y Amorreos; pero Pablo es Apóstol *para esperanza de vida eterna*, como se lee en Jn 6, 40: *esta es la voluntad de mi Padre que me envió, que todo el que ve al Hijo, y cree en Él, tenga vida eterna, y Yo lo resucitaré*, etc.; en I Pe 1, 3: *nos ha regenerado en la esperanza viva*; y en Rom 5, 2: *nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios*” *In Tit.* c. 1, lect. 1.

inicie por el don de gracia, sino en la vida eterna y en Dios mismo, en la Trinidad de Personas.

Siguiendo al Apóstol, Santo Tomás distingue la felicidad *in re* e *in spe*⁴⁷. Toda la vida oscila entre estos dos: la posesión de la realidad definitiva y su esperanza incoada. Esta esperanza está muy ligada a la resurrección, tema fundamental en San Pablo. Sin resurrección no tiene sentido nuestra fe, ni soportar la tribulación o el sufrimiento⁴⁸. Si solo existe la vida terrenal, entonces “comamos y bebamos que mañana moriremos”⁴⁹. Se trata del proyecto hedonista y disoluto de la mayoría de las filosofías ateas nihilistas del siglo XX. Si, en cambio, resucitaremos, este hecho parece ser la clave vital de todo hombre, la regla según la cual debe vivir toda su vida.

En esta línea, Santo Tomás afirma en algunos pasajes que toda la vida presente es como un momento pasajero, efímero, en comparación a la vida perfecta y plena que nos espera en la

⁴⁶ “Peregrinamos porque estamos fuera de nuestra patria, que es Dios, de otro modo no diríamos que peregrinamos hacia Él. Y esto no proviene de nuestra naturaleza, sino de su gracia. Que peregrinamos hacia el Señor lo prueba cuando dice *camina por la fe*, esto es, procedemos en esta vida por la fe, y *no por especie*, esto es, no por la visión perfecta. En efecto, la palabra de la fe es como una lámpara por la cual somos iluminados para caminar en esta vida, conforme al Sal 118, 105: *tu palabra es como una lámpara para mis pies*. En la patria no habrá semejante lámpara, porque la misma claridad de Dios, esto es, el mismo Dios, la iluminará. Y, por esto, entonces lo veremos por especie, es decir, por esencia” *In II Cor.* c. 5, lect. 2.

⁴⁷ “Primero pone la expectación del bien futuro, diciendo *vosotros*, digo, no solo los que tienen gracia en el presente, sino también *para los expectantes*, en el futuro, *de la revelación de nuestro Señor Jesucristo*, a saber, por la que se revelará a sus santos, no solo por la gloria de la humanidad, según aquello de Is 33, 17: *verán al rey en su decoro*, sino también por la gloria de la divinidad, según aquello de Is 40, 5: *se revelará la gloria del Señor*; revelación que, ciertamente, hace a los hombres felices, como se dice en I Jn 3, 2: *cuando apareciera, seremos semejantes a Él: y lo veremos tal cual es*. Y en esto consiste la vida eterna, según aquello de Jn 17, 3: *esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, solo Dios verdadero, y al que has enviado Jesucristo*. Así como aquellos a los que Cristo se revela son bienaventurados *in re*, así también aquellos que esperan esto, son bienaventurados *in spe*, conforme a Is 30, 18: *bienaventurados todos los que lo esperan*” *In I Cor.* c. 1, lect. 1. “La unión que es por la gloria, no la tenemos *in re*, pero sí *in spe* cierta, en cuanto tenemos esperanza firme en la vida eterna” *In II Cor.* c. 1, lect. 5. “Soportamos, *en efecto*, esto es, porque *sabemos*, es decir, tenemos por cierto, *que si se disuelve*, esto es, se corrompe por la muerte, *la casa terrestre de nuestra habitación*, es decir, el cuerpo, *tenemos*, al instante, no *in spe* sino *in re*, una casa mejor, a saber, *una edificación, una casa no manufacturada*, esto es, la gloria celeste, no el cuerpo glorioso. [...] La que, ciertamente, viene *de Dios*, no manufacturada, porque la gloria eterna es el mismo Dios. [...] *En los cielos*, esto es, en lo excelso, porque al instante que se corrompe el cuerpo, el alma santa consigue esta gloria no *in spe*, sino *in re*. Pues antes de que el cuerpo se disuelva, tenemos esta casa *in spe*” *In II Cor.* c. 5, lect. 1.

⁴⁸ Sobre la relación entre la esperanza de la vida eterna de felicidad y el soportar la tribulación y el sufrimiento en esta vida terrenal, cf. *In I Cor.* c. 15, lect. 2 et 4; *In II Cor.* c. 1, lect. 3; c. 4, lect. 5; c. 5, lect. 1; *In I Tim.* c. 4, lect. 2; *In II Tim.* c. 4, lect. 2; *In Heb.* c. 2, lect. 4.

⁴⁹ I Cor. 15, 32. “Después, cuando dice *comamos*, etc., pone el tercer inconveniente, que es: si no existiera la resurrección de los muertos, se daría ocasión de gozar de las voluptuosidades. Como si dijera: si no hay otra vida, somos estúpidos si nos afligimos, al contrario *comamos y bebamos*, esto es, usemos las delicias y gocemos de las voluptuosidades, conforme a Sab 2, 1. 6: *(el tiempo de nuestra vida es exiguuo y con tedio, y no hay refrigerio en el fin del hombre) y no se conoce (a alguien que haya vuelto del Infierno): [...] venid, disfrutemos*, etc. En efecto, *mañana*, esto es, en lo próximo, *moriremos*; pues si los muertos no resurgen, decaeremos totalmente en alma y cuerpo” *In I Cor.* c. 15, lect. 4.

eternidad divina⁵⁰; o, en una imagen que desarrollará San Juan de la Cruz, como una noche en comparación al día de la vida eterna⁵¹. Como decía Santa Teresa, el tiempo es un instante entre dos eternidades. El que solo espera en Dios, puede ver el carácter finito de las creaturas y las ama en su finitud, es decir, en la medida en que participan y nos llevan al Creador; quien, en cambio, solo espera en las cosas creadas, experimenta una infinitud en su deseo de poseer los bienes finitos, viviendo el ser finito como un tiempo sin dirección y que no se agota, sino que deviene continuamente, al modo del ser heideggeriano. Puesto que las creaturas finitas no sacian una búsqueda infinita, la infinitud que siente el que busca su felicidad en los bienes creados es una infinitud extensiva y horizontal (más poder, más dinero,

⁵⁰ “[San Pablo] compara el estado de los santos, que están en esta vida, al estado de aquellos que están en la patria, y pone cinco cosas en ambos estados correspondientes el uno al otro. Pues, primero, el estado de esta vida, en (comparación a la de) los santos, es un estado que, de suyo, es pequeño y casi imperceptible. Por eso dice *aquello*, esto es, mínimo. Como leemos en Is 54, 7: *te he abandonado por un pequeño momento*. Además, es transitorio. Por eso dice *en el presente*, esto es, en esta vida que consiste en las aflicciones y sufrimientos. Como se dice en Job 7, 1: *milicia es la vida del hombre (sobre la tierra)*. También, (lo caracteriza) la brevedad del tiempo. Por eso dice *momentáneo*, como se dice en Is 54, 8: *en el momento de la indignación te escondí mi rostro por un instante*. Pues todo el tiempo de esta vida comparado a la eternidad no es sino momentáneo” *In II Cor.* c. 4, lect. 5. “El fin de la corrección humana es algo transitorio: en efecto, es para el buen trato en esta vida, que es de pocos días” *In Heb.* c. 12, lect. 2. “Brevemente, toda la vida presente es cierto trabajo, como se dice en Job 5, 7: *el hombre nace para el trabajo, y el ave para volar*” c. 13, lect. 1. “Todo el estado de esta vida consiste en la lucha de los que militan, cuyos habitáculos se llaman ‘campamentos’ (*castra*). Como leemos en Job 7, 1: *milicia es la vida del hombre sobre la tierra*. Por esto, los habitáculos de los fieles se figuran con el nombre de campamentos [o ejércitos]. Por eso, la Iglesia tiene semejanza a los campamentos [o ejércitos], conforme a Gn 32, 2: *estos son los campamentos de Dios*” *In Col.* pr. “Primero cuando dice *que dé misericordia*. Rectamente le desea misericordia, porque la vida presente es miseria, conforme a Job 14, 1: *el hombre nacido de mujer, que vive por un tiempo breve, está repleto de muchas miserias*” *In II Tim.* c. 1, lect. 4. “Además, debe ser firme, a saber, para que no sea removida de la nave rápidamente: así también el hombre debe aferrarse a esta esperanza, como se aferra el ancla de la nave. Ahora bien, hay una diferencia entre el ancla y la esperanza, porque el ancla se ahinca en lo más bajo, pero la esperanza en lo más alto (*summo*), es decir, en Dios. En efecto, nada es firme en la vida presente, donde pueda afirmarse el alma y descansar. Por esto, se dice en Gn 8, 9, que la paloma no encontró *donde reposar sus pies*. Y, por eso, dice que debe penetrar *hasta los interiores del velo*” *In Heb.* c. 6, lect. 4. “Como dice el Filósofo, estos bienes temporales son buenos en tanto y en cuanto sean útiles para la felicidad. Si alguno tuviera tanto de las cosas temporales que por ellas fuera impedido del bien de la virtud y de la felicidad, esto no le sería para buena fortuna, sino para mala, como se dice en el libro X de los *Éticos*. Y la longitud de vida es una de las cosas temporales que en tanto es buena, en cuanto coadyuva a la virtud. A veces es ocasión para pecar, y, por esto, Dios a veces la subtrae al hombre, no porque decae de lo que promete, sino porque da lo que es mejor” *In I Tim.* c. 4, lect. 2.

⁵¹ “Después, cuando dice *la noche está muy avanzada, y se aproxima el día*, etc., pone una semejanza para lo que se propuso. Lo que, ciertamente, según la intención del Apóstol, parece que deba entenderse de tal modo que todo el tiempo de la vida presente se compare a la noche a causa de las tinieblas de la ignorancia, por las que se agrava la vida presente, como se dice en Job 37, 19: *estamos todos, sin duda, envueltos en tinieblas*, etc. Y acerca de esta noche se dice en Is 26, 9: *mi alma te deseó en la noche*. El estado de la bienaventuranza futura, en cambio, se compara al día a causa de la claridad de Dios, por la cual son iluminados los santos, como leemos en Is 60, 19: *no habrá más para ti un sol que alumbre durante el día, ni te iluminará el esplendor de la luna, sino que el Señor será para ti como una luz sempiterna*. Día al que se refiere lo que se dice en el Sal 117, 24: *exultemos y nos alegremos en este día, que ha hecho el Señor*. [...] Por lo tanto, cuando dice *la noche está muy avanzada*, puede tomarse indiferentemente por cualquiera de las tres noches predichas. [...] Pero cuando añade *y se aproxima el día*, parece que deba referirse, según la intención del Apóstol, al día de la gloria futura, el que, aunque todavía no había venido para los fieles de Cristo a quienes escribía, sin embargo, les era cercano. Según lo dicho, puede también entenderse el tiempo de la gracia de Cristo, que, aunque ya ha venido según el curso de los tiempos, sin embargo, se dice que se nos aproxima mediante la fe y la devoción, como también se dice en Flp 4, 5: *el Señor está cerca*; y en el Sal 144, 18: *el Señor está cerca para todos los que lo invocan*” *In Rom.* c. 13, lect. 3.

más sexo, etc.), no intensiva y vertical (un amor más fuerte que eleva la mente a Dios)⁵²; una “mala infinitud” al decir de Hegel.

Conclusión: Santo Tomás como padre que nos engendra en la vida espiritual

En el aparente estilo impersonal de sus escritos, que muchas veces se han tomado como piezas de museo respecto de las cuales el tomista se presenta como un curador o que se han visto como un escolástico cadáver al que el tomista tiene que realizar una autopsia, Santo Tomás deja ver su misma vida personal. El legado de Santo Tomás no es letra muerta, sino que en él transmite lo que ha contemplado y él no ha contemplado sino a Jesucristo crucificado, como sabemos por la anécdota final de su vida.

Cristo en la cruz está muerto, pero al tercer día ha resucitado a una vida nueva e inmortal, que quiere comunicar y difundir a los que resucitan con Él por la vida de la gracia y de la gloria. Santo Tomás es un ministro, un sacerdote, que ha contemplado y transmitido esta vida resucitada. El tomista no tiene entre sus manos simples cientos de libros voluminosos de un autor pasado, sino un magisterio personal fruto de la Providencia y la gracia divina, junto con la libertad y trabajo de su mismo autor. Gracia (*gratum faciens*, que santificó al mismo Tomás) que es más bien carisma (*gratia gratis data*, que colabora a nuestra santificación), puesto que de magisterio personal se troca en Magisterio común de toda la Iglesia. Efectivamente, en Santo Tomás no encontramos un doctor más, sino, como numerosos papas han destacado, la expresión filosófico-teológica más acabada de la fe de la Iglesia, contenida en la Sagrada Escritura, de la que él era *Magister*.

El maestro es como un padre espiritual. Por su magisterio, el maestro da vida o engendra a sus discípulos, que se alimentan de su palabra paterna, que consiste en sus verbos mentales o cardíacos⁵³. Las palabras interiores del maestro son las que también lo alimentan a él mismo. En el corazón de Santo Tomás, nuestro maestro, cuya santidad y magisterio celebramos estos años jubilares, brotaban palabras que vivían de aquella Palabra que allí estaba presente. Santo Tomás como San Pablo estaba muerto a la ley y vivía para Dios. Él fue bautizado y ha muerto y sido sepultado con Cristo, con quien se conformó y asemejó de un modo particular. El Aquinate ya no vivía solo su misma vida personal, sino que todo su afecto estaba amoldado,

⁵² Cf. *S. Th.* I-II, q. 30, a. 4.

⁵³ “Pero, ¿dónde debes buscar la sabiduría y de quiénes? Ciertamente, de tres. Primero, del maestro o de los que son más sabios: de allí que se diga en Deut 32: *interroga a tu padre*, esto es, al maestro; porque así como el padre te engendró corporalmente, así también el maestro te engendró espiritualmente” *Puer Iesus*, pars 3.

dirigido e impulsado por Cristo, su Bien Último, lo único que él quiere: *nihil nisi Te, Domine*. Toda su vida en la carne, los breves cuarenta y nueve años que vivió temporalmente, fue vida en la fe en el Hijo de Dios, vida que le ha dado a él y a nosotros frutos de vida eterna.

La vida de Santo Tomás ha sido vida unida a Jesús y vida en Él. Tomás de Aquino es sobre todo un maestro, un sacerdote, que, como San Pablo, nos lega un magisterio vivo y que da vida, porque no es otra cosa que el misterio de Dios, del que trata toda la teología:

Pues tenéis diez mil pedagogos en Cristo, pero no muchos padres. Debe considerarse que el padre es el que primero engendra: ahora bien, el pedagogo es el que nutre y enseña al ya nacido, como se dice en Gal 3, 24: *la ley fue nuestro pedagogo hacia Cristo*. Por lo tanto, el Apóstol dice que él es padre de ellos en Cristo, porque fue el que les predicó primero el Evangelio. Por esto, asignando la razón de ello que había dicho, agrega *pues os he engendrado en Cristo Jesús mediante el Evangelio*. La generación es el proceso hacia la vida. Ahora bien, el hombre vive en Cristo mediante la fe, según Gal 2, 20: *ahora que vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios*. La fe, como se dice en Rom 10, 17, viene del oído⁵⁴, y el oído de la palabra. Por eso, la palabra de Dios es semilla (*semen*), por la que el Apóstol los engendró en Cristo⁵⁵.

Si supiera el padre de familia, etc. (Lc 12, 39). Por el padre de familia se significa el prelado de la Iglesia, a causa de tres cosas que debe ofrecer, a saber, la generación a la fe, la educación (*eruditionem*) para la salvación y la custodia para la seguridad. Lo primero, ciertamente, porque así como es la vida corporal por el alma, así también la espiritual por la fe, según Hab 2, 4: *mi justo vive por la fe*. Y así como alguien es engendrado a la vida carnal por la emisión del semen corporal: así también a la vida espiritual por la infusión del semen espiritual (*seminis spiritualis*), que es el Verbo de Dios, conforme a Mt 13, 3-17 y I Cor. 4, 14: *yo os he engendrado mediante el Evangelio*⁵⁶.

⁵⁴ “Por los miembros que sirven a la virtud aprehensiva se designan en la Iglesia a aquellos que se esfuerzan en la vida contemplativa, entre los que están, como ojos, los doctores, quienes contemplan la verdad por sí mismos. De allí que se diga en Cant 5, 12: *sus ojos (son) como palomas sobre los ríos de aguas, que residen junto a afluentes repletos*. Por los oídos, en cambio, se significan los discípulos, que reciben la verdad oyendo de los maestros. De allí que también se diga en Mt 13, 19: *el que tenga oídos para oír, que oiga*. En efecto, en la Iglesia no solo son necesarios los doctores, sino también los discípulos, como se dice en Job 29, 11: *el oído que oye me beatificó*” In I Cor. c. 12, lect. 3.

⁵⁵ In I Cor. c. 4, lect. 3.

⁵⁶ In Tit. pr.

El tomista, como un corintio engendrado por San Pablo, es aquel que es engendrado espiritualmente por Santo Tomás como maestro y padre suyo, como sacerdote para siempre que sigue intercediendo por nosotros ante el Padre. Santo Tomás transmite, a su vez, y es lo que nos lega a nosotros, la vida que él mismo ha contemplado en el único maestro de todos, de quien él fue uno de los discípulos más eximios, Nuestro Señor Jesucristo. Dejemos que esta semilla del Verbo que el Aquinate ha sembrado en nosotros dé muchos frutos en estos años jubilares.